

LA INTERPRETACIÓN DE LA IMAGEN VISUAL DE LA "FEMINIDAD" EN LA PRENSA ESPAÑOLA DE PRINCIPIOS DE S. XX

Jordi Luengo

Universidad Jaume I Castellón

La Prensa siempre ha sido testimonio e imagen del modo de ser y de vivir de los seres humanos; una especie de termómetro de la actividad ciudadana, con sus diversas inquietudes, estado de su economía, reflejo de anhelos de toda índole; de sus creaciones culturales y artísticas; reseña de sus fiestas y costumbres; y, la satisfacción por el logro de estimadas realizaciones. Durante los primeros años del siglo XX cambiaron los modos de impresión, los contenidos, surgieron secciones nuevas, como las de deportes, moda, etc., el diseño, las ilustraciones y el uso del color para las portadas y láminas. A su vez, nuevas técnicas se fueron incorporando paulatinamente, completando en los periódicos su proyección como medio eficaz y urgente de comunicación nacional e internacional: el telégrafo, la rotativa, la linotopía, la telefoto, las agencias de prensa, etc.

Para toda/os aquella/os que pretendan abarcar la feminidad en su plenitud, resulta ser tarea más que complicada al averiguar que, ni siquiera, se puede definir como acepción. A lo sumo, se entiende la feminidad como todo aquello relativo a lo femenino. Así pues, se equiparan ambos conceptos de tal modo que, el ser más o menos femenina, determina la feminidad de cada mujer. No obstante, la mujer no es quien calibra el nivel de lo femenino y, en consecuencia, logra esclarecer la feminidad que le corresponde. En efecto, no es sino el hombre quien, moldeando la opinión pública, asigna la cuantía de lo femenino que corresponde a cada mujer y define su feminidad. Una vez determinado el significado de la feminidad tras el dictamen masculino, la mujer la asume y se hace estandarte de ésta, hundiendo en el letargo al verdadero ideal de la feminidad -*considerando que éste sería aquel concepto de feminidad que permite un desarrollo de la identidad y subjetividad de las*

mujeres, sin una subordinación a los roles que la sociedad patriarcal marca. La mujer española, ya desde muy temprano, en los albores del siglo XX disponía con su apacible actitud la sentencia que su feminidad iba a recibir del varón: "*mujer más amante, más honesta, más abnegada, más valerosa, más paciente que la mujer española, difícilmente se hallará*"¹. Esa mansedumbre del fembril género en España se prolongará en el tiempo hasta el inicio de la Gran Guerra, momento en que el literato y periodista cubano Eduardo Zamacois (1914)² lo ratificaba del siguiente modo: "*por obra deplorable de nuestra incultura y de nuestro abolenjo árabe, en España la mujer es todavía un objeto de lujo y de adorno*". A la mujer española ya se la había estigmatizado con una "*farisaica feminidad*", es decir, contraria a lo que verdaderamente supondría una feminidad libre, porque tan sólo deja entrever parte de lo que en su totalidad es.

El varón no otorga a la mujer un juicio equívoco acerca de lo que en realidad supone la feminidad, tan sólo, sublima una parte de esta feminidad y la impone como completa. Así pues, se establece una estrecha relación entre la determinación que toma el varón al definir aquellos valores, o cualidades, que delimitan el campo de lo femenino en cada mujer y la feminidad surgida del dictamen que este mismo elabora. Se perdían las buenas formas, e incluso el mito de la galantería y caballerosidad española, para dar paso a un mayor goce y regocijo de este nuevo ideal de feminidad que cristalizaba en la mujer española, dotándola de una exclusividad que la hacía única; así lo corroboraba el poeta madrileño Juan Ramón Jiménez (1904)³: "*la mujer española es una buena moza á quien los hombres desean y desprecian; de ahí que haya muerto, si acaso existió, nuestra legendaria galantería*" (Lám. 1). Al equipararse el garbo de la española con las inglesas, o con cualquier otra mujer extranjera de educación superior, se ratificaba que la mujer española era la "*feminidad por antonomasia*". No obstante, esta situación la exteriorizaba de un modo mucho más sugerente y explícito el que fue correspondal en Londres para la revista Blanco y Negro, F. Sancha (1913)⁴, con su artículo "*Eva moderna o la muchacha de oficina*" (Lám. 2). En éste, un hombre se encuentra tomando el lunch en un restaurante, mientras contempla a las muchachas inglesas que en el local se hallan, una de ellas pernota su mirada y le responde con la suya; tras la experiencia el "*caballero español*" concluye: "*no he sentido nada: aquella impresión, que yo recuerdo haber saboreado alguna vez, no muchas, allá en mi lejana juventud, cuando unos*

femeninos ojos españoles se fijaron en los míos, era algo así ... como cuando se baja muy de prisa en un ascensor ...; vamos, que se perdían los pies. Yo no he sentido nada con la mirada de mi vecina, y es que esta actual civilización moderna, que todo lo mejora, está haciendo á la mujer útil para todos los negocios, menos ... para los del amor". El hombre español a través de la Prensa, en los albores del siglo XX, prefiere mantener esa "farisaica feminidad" por encima del mismo progreso de la sociedad en la que se desenvuelve. La condición de la española en armonía con esa "farisaica feminidad", no la exhortaba a conmovirse ante su triste situación. Al resignarse a aceptar y potenciar las cualidades que el hombre había dado en llamar femeninas en ella, contribuía a sojuzgar las facultades que harían aflorar su verdadera feminidad. El riguroso y agudo literato Juan Ramón Jiménez (1904)⁵ señalaba ese dócil proceder femenino en España: "la resignación es virtud peculiarísima de la hembra española: se resigna á que el varón la engañe y la maltrate y aún llega en ocasiones á gloriarse de ello". Sin tener de ella misma cabal conocimiento, la mujer va enaltecándose cuanto más cerca se halla de esa "idea regulativa" de feminidad establecida por el sexo opuesto. En esta lánguida incursión va ataviándose de prejuicios, contemplando todo aquello que se evade del margen marcado por esa "farisaica feminidad", como la inmediata pérdida de su identidad de mujer; y, así lo afirma el redactor de El Mercantil Valenciano Pedro Gómez Martí (1916)⁶: "en nuestros países meridionales abunda el tipo femenino pasivo. La mujer es esclava de los prejuicios".



Lámina 1



Lámina 2

Una vez que la mujer española logra alcanzar la madurez dentro de la mediocridad, no tiene misión alguna más que permanecer en ese nivel. Mientras que el hombre seguía creciendo y, junto a él, el mundo; la mujer iba quedándose atrás, siendo cada vez más niña, restándose en ella cada vez más feminidad. La mujer española llega cada vez con mayor rapidez al nivel fijado por la *"farisaica feminidad"*, cada vez es más fácil ser femenina y más complicado ser mujer. La periodista y partidaria de la liberación de la mujer, María de Echarri (1915)⁷, cristalizaba esta situación con el título que otorgaba a su cuento: *"¡Me aburro!"* (Lám. 3); y, que era publicado por la revista religiosa *Rosas y espinas*. La heroína de la historia era Margarita, una joven de dieciocho años que *"leer no le gustaba, y si leía eran sólo novelas de esas que ningún bien producen al alma, sino la estragan y la perturban ... No conocía de la vida la parte útil y hermosa, el cumplimiento del deber ..."*. La parte de la vida que se describe como útil y hermosa es seguir cautiva en ese letargo, sin recurrir a potenciar el resto de la feminidad que en ella duerme y, que si explotara, lograría asir su verdadera entidad como ser humano; a su vez, se potencia esa *"farisaica feminidad"* que más que acercar a la mujer a lo humano, la eleva hasta lo divino.

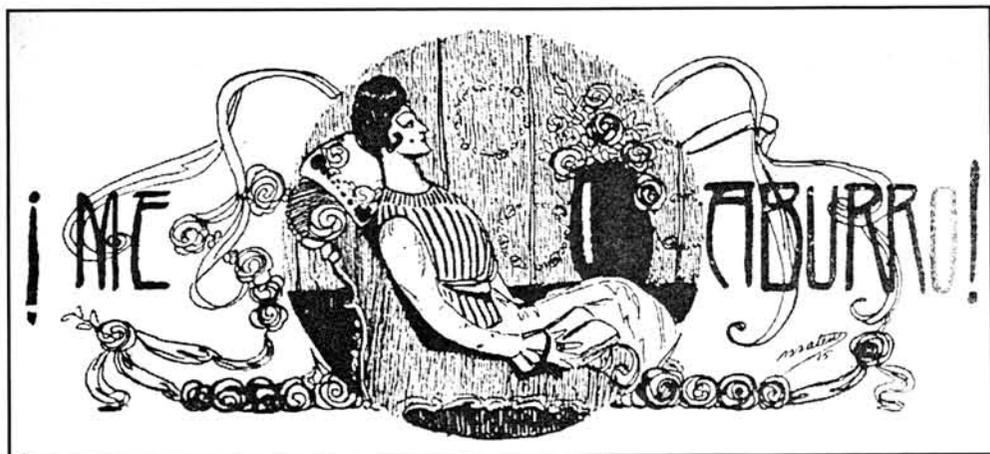


Lámina 3

La opinión más extendida fue que al aventurarse a alcanzar aquellos derechos que "por ley" pertenecían al varón; la mujer española estaba renunciando a aquellos derechos que "por costumbre" le correspondían y que conformaban una feminidad libre. La redactora del Diario de Valencia, Aurora Yanguas (1918)⁸, consideraba que estos derechos eran el respeto, la educación y la galantería que, durante lustros, habían sido proverbiales en la tierra española. El periodista G. Ruiz Carnero (1915)⁹, miembro de El Correo, ya había sugerido que la mujer debía velar por esos derechos que el subversivo feminismo le robaba: "La mujer debe ser siempre mujer, sin salirse del radio de acción que le está encomendado en la vida social. Porque en cuanto el sexo débil no sea tan débil como se creía, ni tan bello como nos habíamos figurado, ni tan encantador como se ha cantado en todo tiempo, la galantería masculina pasará a la historia y los poetas no tendrán a quien dedicar un madrigal". Este "radio de acción" que la autora advierte a la mujer que no debe sobrepasar, son los límites fronterizos que la "farisaica feminidad" marca, para mantener encerrada a la mujer en el triste letargo de la imperfección humana. La Reforma (1928)¹⁰ defendía la zafia postura tomada por los hombres para toda aquella mujer que se empeñara en "no ser femenina", a través de una reflexión expuesta en su artículo titulado "El pecado de la galantería": "si en las mujeres no se encuentra otra cosa que la hembra, si habla en ellas la carne, si tienen a gala ser varones, ¿por qué cederles el asiento, la acera? [...] ¿Os empeñáis en ser burdéganos? Pues os trataremos como tales". El famoso escritor de literatura humorística B Gabaldón

Blanco (1935)¹¹ rememoraba de modo irónico, aquel proceder poco galante y cortés de los hombres para con las feministas. En el artículo "Don Juan cambia de Sexo" (Lám. 4), publicado en Blanco y Negro, había desaparecido el mítico burlador de Sevilla y, en su lugar, era Doña Juana quien velaba por los nuevos derechos adquiridos por los hombres; aquellos mismos que, años antes, Aurora Yanguas había atribuido a la mujer: respeto, educación y galantería para con ellas.



Lámina 4

En las secciones que los periódicos reservaban a la moda, también se advertía esa falsa idea del desapego de la feminista por todo lo "*femenino*" (Lám. 5). Así en la sección de "*Vida femenina*" de La Correspondencia de Valencia (1914)¹², una feminista comprueba, al sentir el perfume grabado en el billete de una dama, que realmente existe distinción entre ser feminista y ser mujer: "*Una feminista: - Su billetito perfumado me ha dejado extática. No sé por qué me figuro que no es usted feminista: es usted ...mujer*". La "revista ilustrada" Valencia (1931)¹³ mostraba una caricatura titulada "*Feminismo activo*" (Lám. 6) donde una mujer se encuentra sentada en un sofá; lleva puesta una falda negra muy corta y tiene las piernas entrecruzadas. A sus espaldas hay otra fumando un cigarrillo turco con una larga boquilla, tras una bocanada de humo, se dirige a la primera y le comenta: "*En realidad, hoy estamos las mujeres más bien miradas*"; por lo que la mujer del sofá, acariciando a un perrito que tiene sobre sus rodillas, le responde: "*No te quepa duda; como que vamos más cortas*". Se ridiculizaba al femi-

nismo al mostrarlo como una actividad estéril incapaz de mejorar la situación de la mujer; el único método fiable que la mujer tenía para avanzar, era potenciar sus facultades supuestamente femeninas, dentro de la concepción idealista que el hombre tiene acerca de la feminidad.



Láminas 5 y 6

En los albores del s. XX, la prensa española recibía las noticias del feminismo inglés, provenientes del Reino Unido, bien por alusiones a otros periódicos o por corresponsales que las distintas publicaciones españolas habían enviado a Inglaterra. A pesar del indiscutible "brioso" actuar de las sufragistas inglesas, probablemente, la Prensa, influenciada por el Gobierno británico, difundía la imagen de la feminista como el peor elemento del febril género inglés; las feministas inglesas, consideradas como unas perturbadoras extravagantes del orden social y político, también realizaron campañas pacíficas en pro de la causa redentora, como lo fue el mitin celebrado en Trafalgar Square¹⁴ (Lám. 7), en junio de 1912, o la formación de una banda de música feminista en 1909¹⁵. No obstante, la ley inglesa las persiguió, encarceló y torturó hasta el inicio de la Gran Guerra. Distintas revistas ilustradas como el Blanco y Negro¹⁶ o el Nuevo Mundo¹⁷ exponían caricaturas¹⁸ y fotografías del irremediable destino de la sufragista (Lám. 8). A pesar del tópico de la salvaje sufragista inglesa, difundido por la Prensa hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial. Hubo otro tipo de feminismo inglés cuyo estandarte fue Lady Lillian Glendworth (Lám. 9), quien recorría toda Europa

con el empeño de reunir un millón de firmas en favor del voto para las mujeres. Nuevo Mundo con el artículo "*Lady Glendworth, la dulce sufragista ...*" del periodista Antonio G. de Linares (1914)¹⁰, describía esta alternativa como "*feminismo sensato y lógico*". La bella feminista en pleno Boulevard parisino ofrecía ramos de violetas a cambio de firmas, la primera que figuraba en su lista era la del rey Jorge V de Inglaterra.



Lámina 7



Láminas 8 y 9

El fembril género anhelaba abastecerse de un patrimonio intelectual que le sirviera para refutar la opinión difundida acerca de que la mujer era inferior al hombre; pues, la inferioridad que a ésta se le atribuía no era sino culpa de la educación con que la sociedad patriarcal dotaba a ésta (Lám. 10). Corroboraba esta tesis el diario católico de La Voz de Valencia (1917)²⁰ al señalar que *"la inferioridad de la mujer no estriba precisamente en su escaso desarrollo mental, sino en la educación que nuestro egoísmo [...] les dió, acaso temiendo en su preponderancia"*. Las inclinaciones y el proceder del género masculino en el mundo académico contrastaba con la realidad del presente y del porvenir de la mujer española, quien se hallaba vinculada a las pautas dictaminadas por su *"farisaica feminidad"*. El colaborador de la revista ilustrada Blanco y Negro, Miguel de Rodenas (1924)²¹, advertía que no había de creerse que por la labor cotidiana de estudio y trabajo que la mujer desempeñaba en la Universidad, en constante comunicación con los compañeros de sexo opuesto, *"su exquisita feminidad sufría menoscabo"*; sino, muy al contrario, *"la propia estimación del sexo, esa coquetería tan adorable en la mujer, la hace ser eternamente femenina"*²². La estudiante universitaria continuaba estando dotada de esa falsa feminidad que se temía que perdiera, pero además daba rienda suelta al verdadero esplendor y posibilidades que ésta poseía; tal y como lo corroboraba la revista Selecciones (1927)²³ al informar que *"Eva²⁴ estudia, pero no ha perdido su encantadora feminidad. Eva, casi siempre por la necesidad, a veces por coquetería, quiere tener un título universitario. Pero médica o abogada, contadora o ingeniera, Eva se subirá en la primera silla que encuentre a mano en cuanto vea que se acerca cauteloso un ratón, para rozar su delicioso pie ..."*. Fueron los atributos que vinculaban a la mujer con la *"farisaica feminidad"*, aquellos que desencadenaron un mayor rechazo hacia la mujer universitaria. El comentarista del Diario de Valencia, de seudónimo El Estagirita (1917)²⁵, definió esta animadversión como *"el peligro de la coeducación"*. El principal argumento de este dilema era que, a pesar del respeto con que compañeros y profesores habían recibido a la mujer en las aulas, las mujeres perturbaban la concentración de los varones. Se creía que las mujeres no acudían a las aulas más que a coquetear y a *"cazar marido"*; y, así, el autor abogaba por que la mujer recibiera la misma educación que el hombre, pero por separado. El también colaborador del Diario de Valencia, Aurelio Yaguas (1917)²⁶, estimaba que este peligro no residía en la coeducación, sino en los fines que perseguían la/os que la recibían; porque también los miembros del género

masculino tenían sus íntimos intereses con respecto al sexo contrario. Así lo demostraba el periodista Miguel Rodenas (1924)²⁷ al recoger el parecer de algunas jóvenes universitarias de la Central de Madrid, quienes aclaraban que "*Dentro de la Universidad no queremos novio. Nuestro amor principal es el estudio, la seriedad ... ¡Sí, sí novio! ¡Si oyera usted las ovaciones que nos hacen cuando alguna de nosotras penetramos en la clase una vez comenzada ésta! [...] Pero nosotras, para evitar contratiempos, hemos tomado la determinación de anticiparnos a la hora*". Pienso que aunque el flirt entre la/os alumna/os fuera inevitable, cada cual tenía claro los objetivos que en el recinto académico perseguía, tal y como ocurre hoy en día (Lám. 11).



Láminas 10, 11 y 12

Los anhelos insatisfechos que latían en el seno de la mujer española, creaban una atmósfera moral favorable para que ésta se aferrara a los dogmas enunciados por la Iglesia Católica. Por regla general, el fembril género no reaccionaba contra el aislamiento de su feminidad; y, en consecuencia, sujetaba su voluntad a la obediencia de todas y cada una de las pautas que la Religión dictaminaba hacia su condición femenil. El notable publicista revolucionario Carlos Malato (1901)²⁸ del periódico de La Raison de París, corroboraba la predisposición de las españolas a afianzarse a "*esa fe ciega, engendrada por una imaginación ávida de cosas sobrenaturales, que -según el redactor- se desarrolla con preferencia en los países de mucho sol, resultó en España ardiente, que acabó por perder fuego a las hogueras. Es ese país,*

donde las largas luchas con los invasores llegados de África fomentaron y desarrollaron el amor a las epopeyas, al mismo tiempo, que la creencia en los seres y las cosas extraordinarias, el Credo quia absurdum había de encontrar forzosamente entusiastas incomparables". No es de extrañar que, como apuntaba la revista ilustrada Rosas y espinas (1918)²⁹, la Iglesia calificara a las mujeres de "*devoto femenino sexo*". Los teósofos del Cristianismo reconocieron la importancia de la mujer para su Institución; y, por ello, fue a quien primero trataron de dominar. Se valieron de la incultura casi generalizada entre los miembros del fembril género -*pues en la gran mayoría de las ocasiones era el señor cura quien les escribía y leía las cartas*³⁰ (Lám. 12)-, haciendo de la mujer española un ser supersticioso y fácilmente sugestionable para ser atraído al confesionario utilizando para ello los fantásticos mitos del temor al infierno y la ilusión del cielo.

El recinto metafórico donde el fembril género se encontraba recluido cristalizaba en el espacio físico del hogar doméstico. Un templo donde la mujer española ejecutaba el sacerdocio que la sociedad patriarcal había predispuesto para ella. Así lo divisaba el redactor de El Mercantil Valenciano, Alfredo Calderón (1901)³¹, al describir el recinto doméstico como: "*el santuario de los sacerdotes de la religión de la vida. En él se consume el hondo, el augusto misterio vital*"; y lo corroboraba la revista católica Oro de Ley (1916)³² al contemplar el hogar como "*el templo levantado a las virtudes domésticas*", como una estancia sagrada donde dichas virtudes se correspondían con las facultades que la sociedad patriarcal atribuía a la "*feminidad exquisita*"³³.

El sacerdocio de la hogareña mujer española, le exigía aferrarse a todo un conjunto de creencias y dogmas acerca de su feminidad, en armonía con los sentimientos de veneración y temor que el varón demostraba hacia ella. En la revista ilustrada Selecciones (1927)³⁴ la mujer se presentaba como el "*genio del hogar*" (Lám. 13) y, al respecto, la publicación catalana le cantaba la siguiente loa: "*¡Oh genio de la mujer realmente doméstica, tu fascinación ha conducido más navegantes a la ruina que el canto de las clásicas sirenas!*". Se esperaba que la mujer aportara los cimientos para la sólida edificación de este sagrado templo; como lo ratificaba la redactora de la revista ilustrada Blanco y Negro, Melchora Herrero de Vidal (1913)³⁵, quien conside-

raba que "el verdadero estado de la mujer es el matrimonio, y el hogar su santuario". El esposo podía terminar de retocar "a su gusto" el carácter fiel y sumiso con el que se anhelaba que llegara la mujer española al matrimonio, pero la base de su sacerdocio debía estar ya interiorizada en su condición femenil. La revista Blanco y Negro (1923)³⁶ ejemplificaba esta situación por medio de una caricatura donde el hombre, en el "Primer día de casados" (Lám. 14), llevaba el desayuno a la cama a su esposa, limpiaba la casa y la ropa, hacía la compra y, todo ello, para enseñarle lo que la mujer tenía que hacer durante cada día por el resto de su vida conyugal. Los muros del hogar no eran sino la triste y oscura metáfora de un opaco sistema legal, político, económico y educativo predefinido de antemano por la sociedad patriarcal de entonces. Todo un entramado de ilógicas razones compactas que obstruían la visión de la panorámica de un posible futuro para la mujer española, donde la libertad de su feminidad no estuviera encadenada a tan cruel devenir.



Láminas 13 y 14

La sociedad patriarcal confinaba la existencia de la mujer a la maternidad, pero esta función debía cristalizar dentro del margen de lo legal, es decir, se tenía que desarrollar en el matrimonio. Por ello eran muchas las mujeres que se precipitaban a desposarse con el primero que se lo propusiera, convirtiéndose de inmediato su futura vida de casada en "su primera decepción"³⁷; así lo corroboraba el comentarista del Eco de Levante, Casa del Duque (1914)³⁸, quien estimaba que las mujeres eran las víctimas únicas y principales que se conocían en esas equivocaciones del "para siempre" de un matrimonio disparatado: "Yo misma, casé sin amor y sin entusiasmo. Mi futuro juraba y perjuraba que era yo su vida, su ideal, sus esperanzas todas y su único porvenir. Tanto dijo, que hube de decir la frase sacramental: Te quiero; voy donde tú ordenes. Y fuimos, á poco, á la iglesia. Nos casamos. Le hice dueño de mi albedrío, de mi corazón, de toda yo y de una rentita bastante saneada, que era el afán y el honor y la virtud de mis gloriosos antepasados".

La exclusiva dedicación con la que algunas mujeres se enfrascaban en la búsqueda de marido, provocaba en el mundo periodístico opiniones como las del redactor de Mundo Gráfico, Luis Gabaldón (1915)³⁹, quien consideraba que el matrimonio era "en muchas de ellas, sobre todo en España, su única profesión". Para algunas mujeres, dejaba de importar el hecho de casarse, sino hacerlo de tal suerte que la compañía del hombre le resultara grata, siempre satisfactoria y feliz. No obstante, el ideal de marido perfecto, según la serie de caricaturas que publicaba Blanco y Negro (1906)⁴⁰ (Lám. 15), estaba vinculado a las distintas ensañaciones que la mujer iba teniendo a lo largo de su vida: a los quince años, soñaba con un capitán; a los veinte, con un poeta; a los veinticinco, con un piloto de coches de carreras; a los treinta; con un millonario; a los cuarenta, con quien fuera; y, finalmente, a los setenta, enviaba todo al diablo. Por contra, la opinión difundida acerca de las razones por las que el hombre se casaba eran, por regla general, o bien para establecerse en una edad ya madura o para hacer un negocio, como lo ratificaba la "revista cultural" Eugenia (1926)⁴¹ al señalar que, el hombre antes de contraer matrimonio, pasaba balance de la fortuna de los futuros suegros y calculaba la protección que podría obtener de ellos, puesto que "casarse, para el vulgo de los hombres es un negocio como otro cualquiera"; aunque, en realidad, los motivos eran dispares. La revista ilustrada

Blanco y Negro (1924)⁴² publicaba una serie de caricaturas bajo el título de "La mujer sin 'pero'" (Lám. 16), en las que un hombre iba debatiéndose entorno a la mujer idónea para casarse, dándose a sí mismo infinidad de pretextos para no hacerlo: a los veinte años, quería ser libre; a los treinta años, la suegra era insoportable; a los cuarenta años, la chica no estaba mal pero no resultaba ser buen negocio; a los cincuenta años, la pretendiente era demasiado mayor; a los sesenta años, dudaba de que su futura esposa fuera fiel; y, finalmente, a los setenta años, terminaba casándose con una mujer nada espléndida pero que le preparaba muy bien la sopa de ajo. Así pues, queda demostrada la importancia que tenía para el varón elegir sabiamente a su futura mujer, si bien no quería caer en lo que el Blanco y Negro (1924)⁴³ caricaturizaba como "El teatro de la vida" (Lám. 17): donde el momento en que la pareja se conocía, era un sainete; el noviazgo, se cotejaba con una comedia; la boda, se vinculaba al drama; y, el matrimonio, se representaba como una tragedia.



Láminas 15 y 16



Lámina 17

Al convertirse la mujer en madre, se cumplían todas las prerrogativas que la "feminidad exquisita" esperaba ver realizadas en ella; el fembril género encontraba una satisfacción a su instinto, una finalidad a todas aquellas tendencias que confusamente sentía rebullirse en su interior y la desazón que le producía el letargo de su feminidad creía suplirlo al dar a luz. El devenir de la humanidad podría cambiar, pero jamás se truncaría la veneración que se procesaba a aquella mujer que era madre; como lo corroboraba la "revista mensual ilustrada" Rosas y espinas (1915)⁴⁴ al señalar que: "la civilización modificará las costumbres, pero no ese sentimiento, que fué una realidad en el momento en que la primera mujer que pisó la tierra fué madre" (Lám. 18). El conjunto de ideas, creencias religiosas, ciencias, técnicas, artes y tradiciones propias de un pueblo, podían sufrir cambios para bien o para mal; pero, aun con el pasar del tiempo, jamás el noble sentimiento que despertaba el amor maternal se alteraría. La manifestación de la maternidad en su esplendor era el cenit de los deseos de una sociedad patriarcal que había modelado una feminidad, sólo y únicamente, para extasiarse con su imagen. Cuando esto ocurría, como indicaba el también

colaborador de La Correspondencia de Valencia, Conrado Antonio Cardona García (1916)⁴⁵, la madre se presentaba ante la sociedad aludida "*como la visión del porvenir*" (Lám. 19). Un futuro en el que todas y cada una de las circunstancias que pudieran acontecer, serían favorables a esa falacia de feminidad latente en la mayoría de los miembros del fembril género español.



Láminas 18 y 19

La tragedia mundial que asoló a toda la humanidad durante el período de la Gran Guerra, indujo a que la mujer colaborara a favor de la causa que defendían sus respectivos países. Con este proceder, según el Blanco y Negro (1918)⁴⁶, estas mujeres "*proclamaban que su fuerza de voluntad y su fervor patrio eran tan grandes como exquisita es su sensibilidad*". Pienso que cabría suplantar el término "*sensibilidad*" por otro más idóneo como el de "*feminidad*", pues la ayuda que estas mujeres prestaban a sus compatriotas, en realidad, se entendía como la dilatación de las labores propias al templo del hogar. Lo que se estaba dejando entrever era que la "*farisaica feminidad*", igual que tenía sus ramificaciones en el mundo laboral con

las labores de costura y bordado, también las tenía en la guerra en aquellas tareas que se consideraban como una prolongación de las ejecutadas en el ámbito doméstico: aguaderas en las trincheras, damas de la caridad para sustentar a las familias de los combatientes, costureras y bordadoras de los uniformes de los soldados, enfermeras de la Cruz Roja (Lám. 20), etc. Sin embargo, durante la Primera Guerra Mundial la mujer no sólo demostró su valía ocupando los puestos de trabajo que los varones dejaron vacantes tras su marcha, ni tampoco se limitaron en el campo de batalla a realizar labores humanitarias, sino también lo exhibieron con el fusil en mano. Prueba de ello fue el *"Batallón de la Muerte"* compuesto exclusivamente de mujeres, que llegó al frente ruso para combatir al enemigo. Su valor era archiconocido y difundido de un modo heroico por la Prensa; como puede comprobarse a raíz del informe de A. Barrada (1918)⁴⁷, corresponsal del Nuevo Mundo, al observar que *"cuando los batallones masculinos, en un pánico de locura, huían como gacelas, arrojando al suelo las armas, sólo se batían como fieras, defendiendo palmo á palmo el sagrado terruño ruso, los contingentes femeninos, ya muy diezmados por la metralla enemiga"* (Lám. 21). La feminidad encontraba en la fiera lucha, una extraña válvula de escape que le facilitaba su incursión en el cruel ámbito de lo público, sólo que en esta ocasión era tan brutal y desalmado incluso para los hombres. No obstante, a pesar de la inestimable ayuda que el fembril género brindó en el sanguinario campo de batalla, al tildarse este modo de actuar de feminista, su proceder no podía dejar de ser calumniado. El Diario de Valencia (1917)⁴⁸ caricaturizaba la iniciativa de estas mujeres por luchar en el frente, al considerarlas como un *"Batallón de modistillas"* (Lám. 22) cuya apariencia física se vinculaba a la concepción que tenía la opinión pública entorno a la mujer feminista: fea, hombruna, bigotuda, insensible, etc. La guerra, al igual que las profesiones liberales, el ámbito político o la educación pública, había sido desde siempre privilegio o condena del varón. Por tanto, si la mujer pretendía inmiscuirse de forma activa en ésta, la mayoría de los miembros del sexo opuesto lo entenderían como una usurpación a un terreno que les era propio. La razón se debía a que muchos hombres creían que, en realidad, el fundamental motivo por el que luchaban, no era si no otro que el de

defender a la misma "*feminidad exquisita*", es decir, para que las mujeres en su Patria siguieran siendo tan hermosas, dulces, hogareñas y maternas, como su propia condición exigía.



Láminas 20, 21 y 22

NOTAS A LAS LAMINAS

I. LA AUSENCIA DE LA COMPLETA FEMINIDAD EN LA MUJER ESPAÑOLA

1. 1. *La feminidad española: la "feminidad por antonomasia"*

Lámina 1: "El piropo callejero" en *Alma Española*, Madrid, a 17 de enero de 1904.

Lámina 2: "Eva moderna o la muchacha de oficina" en *Blanco y Negro*, Madrid, a 21 de diciembre de 1913.

1. 2. *El parasitismo femenino en el que la mujer española abandona su feminidad*

Lámina 3: "¡Me aburro!" en *Rosas y espinas*, Valencia, en agosto de 1915.

1. 3. *La incursión en el feminismo destruye el prototipo de gracia femenina*

Lámina 4: "Don Juan cambia de sexo" -dibujos de Cyrano- en *Blanco y Negro*, Madrid, a 13 de enero de 1935.

Lámina 5: "Sombrero turbante", último y elegante modelo, tan cómodo como de buen gusto, en *Blanco y Negro*, Madrid, a 18 de mayo de 1912.

Lámina 6: "Feminismo activo" en *Valencia*, Valencia en octubre de 1931.

II. LA INCIPIENTE DINÁMICA FEMINISTA: EL LATIR DE LA VERDADERA FEMINIDAD

2. 1. *El sufragio femenino inglés: génesis para la liberación de la mujer*

Lámina 7: "Una propagandista del sufragio en Trafalgar Square" en *Blanco y Negro*, Madrid, a 23 de junio de 1912.

Lámina 8: "¡¡La Sufragista!!" en *Blanco y Negro*, Madrid, a 1 de febrero de 1914.

Lámina 9: *Caricatura de Lady Glendworth* en *Nuevo Mundo*, Madrid, a 15 de enero de 1914.

III. LA EDUCACIÓN DE LA MUJER: PLENILUNIO DE SU FEMINIDAD

3. 1. *La educación como medio para asir la igualdad entre los géneros*

Lámina 10: en *Selecciones*, Barcelona, a 5 de abril de 1927.

3. 2. *El estudio mengua la "feminidad exquisita" de la mujer*

Lámina 11: "Frente a la 'casa docta' unas frases apasionadas" en *Selecciones*, Barcelona, a 5 de abril de 1927.

IV. EL PIETISMO FEMENIL: ÚNICA IDEALIDAD QUE LE RESTA A LA MUJER INCULTA

4. 1. *El yugo de la Iglesia degrada la feminidad de la mujer*

Lámina 12: "¡Quién supiera escribir!" en *Blanco y Negro*, Madrid, a 19 de octubre de 1901.

V. EL PREDELINEADO DESTINO DE LA MUJER: LA FEMINIDAD EN HOGAREÑO CAUTIVERIO

5. 1. *El ama de casa: bizarro y valiente sacerdocio de la mujer española*

Lámina 13: "El genio doméstico" en *Selecciones*, Barcelona, a 18 de mayo de 1927.

Lámina 14: "Primer día de casados" en *Blanco y Negro*, Madrid, a 18 de noviembre de 1923.

5. 2. *El matrimonio: cautiverio de la feminidad*

Lámina 15: "Cómo sueñan las mujeres" en *Blanco y Negro*, Madrid, a 13 de enero de 1906.

Lámina 16: "Buscando Novia" en Blanco y Negro, Madrid, a 30 de marzo de 1924.

Lámina 17: "El teatro de la vida" en Blanco y Negro, Madrid, a 29 de julio de 1924.

5. 3. La maternidad de la mujer: loa a la "farisaica feminidad"

Lámina 18: "La 'toilette' de la niña por su madre -cuadro de M. Faivre- en Rosas y espinas, Valencia, a 1 de febrero de 1918.

Lámina 19: "Los padres embelesados con su niña" en Rosas y espinas, Valencia, a 15 de enero de 1918.

VI. EL BRÍO DE LA FEMINIDAD DENTRO DEL CAMPO DE BATALLA

Lámina 20: "Lady Diana Manners. Hija de los duques de Rutland que presta servicio de enfermera en un hospital de heridos de Londres" en Mundo Gráfico, Madrid, a 20 de enero de 1915.

Lámina 21: "Una trinchera rusa en las líneas de Riga, defendida por uno de los batallones de mujeres" -dibujo de Matania- en Nuevo Mundo, Madrid, a 25 de enero de 1918.

Lámina 22: "Ejército sufragista al campo de batalla" en Rosas y espinas, Valencia, en mayo de 1915.

NOTAS

- 1 CALDERÓN, A. "Reacción femenina". *El Mercantil Valenciano*. 1901. n.º. 11.535. p. 1.
- 2 ZAMACOIS, E. "La educación femenina". *Nuevo Mundo*. 1914. n.º. 1.051.
- 3 JIMÉNEZ, J. R. "Las malas costumbres. Grosería española". *Alma Española*. 1904. n.º. 22. pp. 6-7.
- 4 SANCHA, F. "Tipos de Londres. Eva Moderna o la muchacha de oficina". *Blanco y Negro*. 1913. n.º. 1.179.
- 5 *Ibidem*.
- 6 GÓMEZ MARTÍ, P. "Sus muñecas". *El Mercantil Valenciano*. 1916. n.º. 17.084. p. 1.
- 7 ECHARRI, M. "¡Me aburro!". *Rosas y espinas*. 1915. n.º. 8.
- 8 YANGUAS, A. "Feminismo. De la vida." *Diario de Valencia*. 1918. n.º. 2.680. p. 3.
- 9 RUIZ CARNERO, G. "Apunte del día. Femeninas". *El Correo*. 1915. n.º. 4.583. p. 1.
- 10 TOBALINA DE LUCAS, F. "El pecado de la galantería". *La Reforma*. 1928. n.º. 33. p. 9.
- 11 GABALDÓN BLANCO, L. "Don Juan cambia de sexo". *Blanco y Negro*. 1935. n.º. 2.269.
- 12 LADERNIÈRE, A. "Vida femenina. ¿Vamos hacia miriñaque? ..." *La Correspondencia de Valencia*. 1914. n.º. 16.039. p. 1.
- 13 ANÓNIMO. "Feminismo activo". *Valencia*. 1931. n.º. 67. p. 1.
- 14 ANÓNIMO. "El voto de la mujer". *Blanco y Negro*. 1912. n.º. 1.102.
- 15 CASTELL, A. M.ª. "A propósito de mujeres ..." *Blanco y Negro*. 1909. n.º. 943.
- 16 ANÓNIMO. "De una manifestación sufragista en Londres". *Blanco y Negro*. 1914. n.º. 1.212.
- 17 ANÓNIMO. "Batalla campal en Londres. Sufragistas y policías." *Nuevo Mundo*. 1914. n.º. 1.065.
- 18 ANÓNIMO. "Tipos de Londres. ¡¡La sufragista!!". *Blanco y Negro*. 1914. n.º. 1.185.
- 19 LINARES, A. G. "Desde París. Lady Glendworth, la dulce sufragista". *Nuevo Mundo*. 1914. n.º. 1.044.
- 20 SIRVAL. "Mirando a la vida. Feminismo". *La Voz de Valencia*. 1917. n.º. 5.585. p. 1.
- 21 RODENAS, M. "De la vida española. Las mujeres trabajan". *Blanco y Negro*. 1924. n.º. 1.702.

- 22 Idem.
- 23 ANÓNIMO. "La mujer madre no debe trabajar". *Selecciones*. 1927.
- 24 El redactor se refiere a Eva como la generalidad del género femenino.
- 25 ESTAGIRITA, el. "Cuestiones pedagógicas: La mujer en las aulas". *Diario de Valencia*. 1917. nº. 2.378. p. 3.
- 26 YAGUAS, A. "Feminismo. La mujer en las aulas". Para el Estagirita. *Diario de Valencia*. 1917. nº. 2.374. p. 3.
- 27 *Ibídem*.
- 28 MALATO, C. "España y el catolicismo". *El Pueblo*. 1901. nº. 2.630. p. 1.
- 29 *Ibídem*.
- 30 ANÓNIMO. "¡Quién supiera escribir!". *Blanco y Negro*. 1901. nº. 546.
- 31 CALDERÓN, A. "La santidad del hogar". *El Mercantil Valenciano*. 1901. nº. 11.574. p. 1.
- 32 CONEJOS, P. J., S. J. Conferencias a las señoras. 5ª. Conferencia: "Goza del hogar". Oro de Ley. 1916. nº. 11. pp. 33-36.
- 33 Aceptación con la que la literata María Lejárraga tildaba a la "farisaica feminidad" en "La Mujer Moderna" -obra publicada por entregas en *Blanco y Negro* entre 1915 y 1916-, al aludir al fetichismo de la aguja como el non plus ultra de la "feminidad exquisita". La literata, con sutil ironía, concedía hermosos tintes de singular y extraordinaria calidad a la falacia de esta encajonada feminidad.
- 34 *Ibídem*.
- 35 HERRERO DE VIDAL, M. "Mesa revuelta para las mujeres. Para las mujeres: Reflexiones y consejos. Educación e instrucción". *Blanco y Negro*. 1913. nº. 1.168.
- 36 XAUDÓ, J. "Primer día de casados". *Blanco y Negro*. 1923. nº. 1.696.
- 37 MIGOYA, E. "La vieja de la triste figura". *El Radical*. 1918. nº. 56.
- 38 CASA DEL DUQUE. "Naderías. Casados y casadas". *Eco de Levante*. 1914. nº. 284. p. 1.
- 39 GABALDÓN, L. "Artes, ciencias y letras. Hombres y mujeres". *Mundo Gráfico*. 1915. nº. 216.
- 40 CILLA. "Cómo sueñan las mujeres". *Blanco y Negro*. 1906. nº. 767. p. 2.
- 41 MIRA, F. "Consulta médica pre-matrimonial". *Eugenia*. 1926. nº. 62. pp. 340-341.
- 42 XAUDARÓ, J. "La mujer sin 'pero'". *Blanco y Negro*. 1924. nº. 1.715.
- 43 XAUDARÓ, J. "El teatro de la vida". *Blanco y Negro*. 1924. nº. 1.728.
- 44 MINÚSCULO. "La madre en la Nochebuena". *Rosas y espinas*. 1915. nº. 1.
- 45 CARDONA GARCÍA, C. A. "Apuntes y brochazos. ¡Madre!". *La Correspondencia de Valencia*. 1916. nº. 16.781. p. 1.
- 46 AEMECEÉ. "Las mujeres en la guerra". *Blanco y Negro*. 1918. nº. 1.435.
- 47 BARRADA, A.. "El laberinto ruso. Los regimientos femeninos". *Nuevo Mundo*. 1918. nº. 1.255.
- 48 ANÓNIMO. "La Guerra en broma". *Diario de Valencia*. 1917. nº. 2.196. p. 1.